



Las dinámicas de la convivencia en un barrio multicultural. El caso de Russafa (Valencia)

Francisco Torres Pérez

Departamento de Sociología y Política Social.
Universidad de Murcia
E-mail: fjtorres@um.es

Papeles del CEIC
ISSN: 1695-6494



**volumen 2006/2
papel # 23
septiembre 2006**

Resumen	Abstract
Las dinámicas de la convivencia en un barrio multicultural. El caso de Russafa (Valencia)	Dynamics of coexistence on a multicultural neighbourhood. The case of Russafa (Valencia)
Los barrios multiculturales constituyen el espacio de la creciente diversidad de nuestras ciudades y donde se conforma la sociedad de mañana. Este artículo analiza la inserción de los vecinos inmigrantes en el barrio de Russafa, Valencia, los fenómenos de sociabilidad y la convivencia que se ha generado. Se destacan dos dinámicas. Una mayoritaria, más inclusiva, basada en la convivencia pacífica pero distante. Otra, más excluyente y minoritaria, que caracteriza al inmigrante como factor degradante y vecino indeseable. Se finaliza preguntándose por las condiciones para hacer posible y viable un barrio multicultural, común y acogedor para todos.	Multicultural neighbourhoods represent the space of the increasing diversity of our cities, where tomorrow's society is constituted. This article analyses the insertion of immigrant neighbours in the Russafa neighbourhood in Valencia, the sociability phenomena and the kind of coexistence which has been generated. Two dynamics are highlighted; on the one side there is the dynamic of the majority, which is more inclusive, based on the pacific however distant coexistence. On the other, a more exclusive, minority dynamic exists which characterises the immigrant as a degrading factor and undesirable neighbour. The article finishes wondering about the necessary conditions to make possible and feasible a multicultural neighbourhood, able to be common and friendly for all.
Palabras clave	Key words
Barrio multicultural, inserción inmigrantes, convivencia, sociabilidad	Multicultural neighbourhood, insertion of immigrants, coexistence, sociability

Índice

1) Introducción.....	2
2) El barrio de Russafa en la Valencia inmigrante	4
3) Entre el abandono y la rehabilitación	9
4) El barrio como mosaico común	10
5) Las "áreas" comerciales y los grupos de calle.....	13
6) Los "moros" en el barrio. la comunidad "magrebí"	18
7) El mercado y la plaza. la convivencia pacífica pero distante	22
8) La convivencia tensa y el reconocimiento negativo	27
9) La tensión importada, los problemas internos y la concertación asociativa	28
10) ¿Tiene porvenir la Russafa multicultural?.....	30
Bibliografía	34



1) INTRODUCCIÓN

Este artículo se centra en algunos de los fenómenos de sociabilidad que ha generado la inserción de los nuevos vecinos inmigrantes en el barrio de Russafa y las dinámicas que se han conformado, con particular atención al espacio público y la vida asociativa. Se pretende mostrar una parte del calidoscopio que hace de Russafa el barrio multicultural de Valencia y aproximarnos a algunas cuestiones de interés. ¿Qué tendencias y dinámicas se afirman de la interacción cotidiana de gente tan diversa? ¿Cómo se va conformando, no sin problemas y tensiones, un funcionamiento común y, al mismo tiempo, diferenciado?

Este artículo constituye una síntesis de la segunda parte de mi tesis doctoral, *Àmbit urbà, sociabilitat i inserció social dels immigrants. El caso de Russafa (Valencia)*¹. Tras dedicar la primera parte al proceso de inserción urbana en Valencia, más en términos generales, la investigación en Russafa representa un cambio de escenario, de escala y de mirada. “Vivir en el barrio” me ha permitido captar los fenómenos que me interesaban, en particular, las interacciones cotidianas, en situaciones informales y “cara a cara”. En esta investigación, convivencia tiene un sentido muy simple y común: vivir juntos. En el contexto que nos interesa, convivencia es la situación que se deriva de una inserción residencial de los inmigrantes compartida con los vecinos autóctonos. Hablar de convivencia no presupone, a diferencia de

¹ Universitat de Valencia, 2005, bajo la dirección de Josepa Cucó. La primera parte analiza el proceso de inserción urbana en Valencia, se compara con otras ciudades españolas, como Barcelona, y extranjeras, como Montreal, y aborda algunas cuestiones más generales. ¿Se puede hablar de un modelo de inserción urbana? ¿Qué relaciones podemos establecer entre las distintas formas de inserción residencial y el proceso de inserción social? Más allá del contexto local de cada ciudad, ¿qué características comunes presentan los barrios de inmigrantes, los espacios públicos multiculturales y los negocios étnicos? La segunda parte de la tesis se centra en el barrio de Russafa. Un amplio resumen de esta investigación, bajo el título *Els nous veïns a la ciutat. Inserció urbana dels immigrants i sociabilitat a Valencia i Russafa*, ha merecido el segundo galardón del Premio de Investigación Cultural “Marqués de Lozoya” 2005.



otros autores españoles, una opción valorativa positiva². La convivencia puede adoptar formas muy diferentes, más pacíficas o más tensas, generando dinámicas muy distintas desde el punto de vista del proceso de inserción, más inclusivas o más excluyentes respecto a los nuevos vecinos³. Precisamente, lo que nos interesa es captar los factores y el sentido de esas dinámicas.

En Valencia, al igual que en la inmensa mayoría de ciudades españolas, una parte de los barrios populares y de trabajadores se han transformado en barrios multiculturales⁴ como consecuencia de la inserción residencial de los inmigrantes. Hablamos de barrios multiculturales en un sentido estrictamente descriptivo: barrios donde los vecinos de diversos orígenes comparten la finca, la calle, la parada del autobús y los servicios públicos, conformándose así espacios sociales con una amplia diversidad de culturas en presencia (con relaciones desiguales, en proceso de adaptación y recreación con formas diversas)⁵.

Este tipo de inserción urbana, la co-presencia residencial, distinto de la experiencia anglosajona del “barrio étnico” y de la inserción residencial segregada,

² Giménez (2005) realiza una propuesta de tipología de tres situaciones: la hostilidad, la coexistencia y la convivencia. En su opinión, convivencia implica la “interacción y relación positivas” entre vecinos autóctonos e inmigrantes.

³ Entenderemos inserción urbana como el proceso de paulatina incorporación de los inmigrantes a la ciudad como vecinos, trabajadores, consumidores y usuarios de los servicios públicos. Así definida, la inserción urbana puede adoptar fórmulas muy diversas, de muy distinta calidad democrática y con diferentes consecuencias sociales. Conviene, por tanto, distinguir entre inserción e integración que estaría caracterizada por tres notas: la igualdad de condiciones, derechos y obligaciones, el respeto y el derecho a la diferencia y una dinámica social que fomente la interrelación entre grupos. Dado que hablamos de procesos sociales complejos, que requieren tiempo, integración constituye un objetivo normativo hacia el que, en el mejor de los casos, orientar la inserción urbana. Véase, Torres (2006).

⁴ El término multiculturalismo se utiliza en diversos sentidos. Multiculturalismo como hecho, constatación empírica del creciente pluralismo cultural. En otros casos, multiculturalismo designa las políticas aplicadas por gobiernos y administraciones. En tercer lugar, multiculturalismo hace referencia a un proyecto normativo, un ideal a alcanzar.

⁵ Dado que estamos en el inicio del proceso no parece posible aventurar hacia donde evolucionará este nuevo pluralismo cultural de la mano de la inmigración (dilución de la diferencia significativa en la cultura hegemónica y pérdida de su relevancia, conformación de comunidades culturales compartiendo un espacio de forma más o menos desigual, aumento de la interrelación como interculturalidad, etc.).



constituye la base de una convivencia que ya forma parte de la experiencia cotidiana de miles de valencianos⁶.

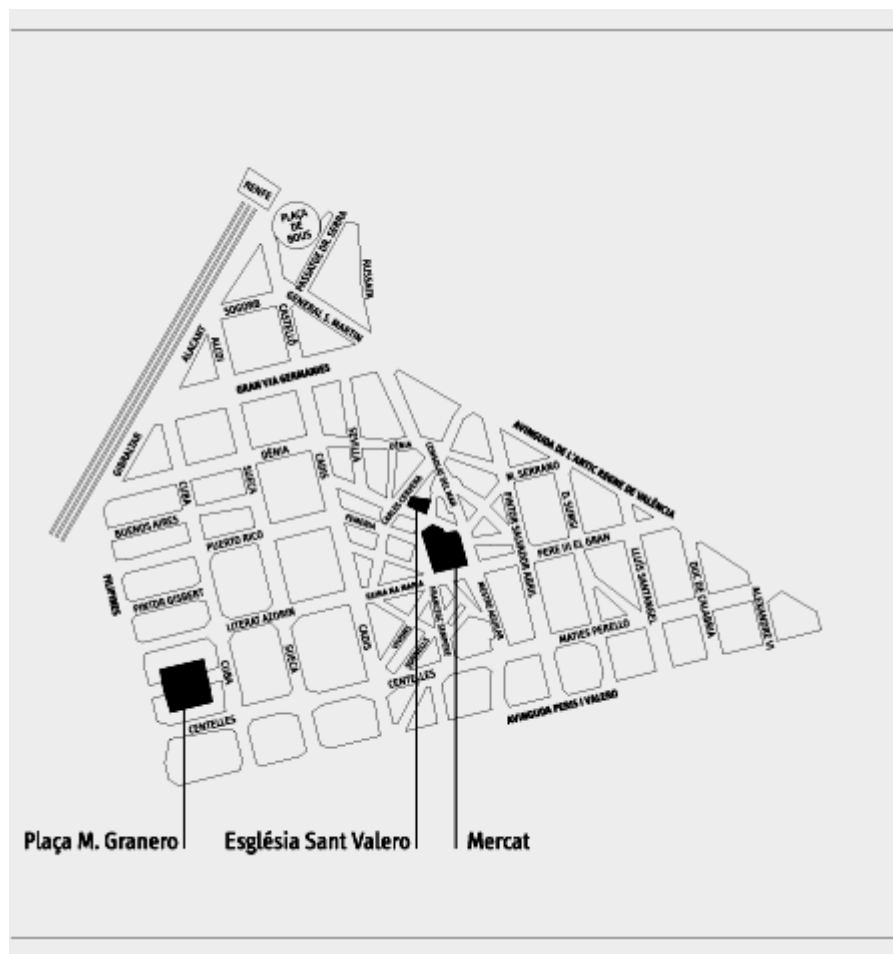
Hablar de convivencia, nos remite a la sociabilidad que ha constituido uno de los hilos conductores de esta investigación. Por sociabilidad entenderemos el conjunto de relaciones, prácticas y agrupamientos sociales que se dan y se desarrollan entre el núcleo familiar y los ámbitos del Estado y del Mercado, muy formalizados y con lógicas propias. Unas prácticas y relaciones sociales que, a menudo, se encuentran inscritas en las formas de vivir cotidianas y que conforman grupos o redes sociales. Al campo de la sociabilidad adscribiremos fenómenos tan diversos como las relaciones vecinales, las redes sociales, el asociacionismo, los grupos étnicos y las comunidades de ámbito local. La sociabilidad, así definida, constituye una instancia mediadora particularmente relevante en fenómenos como la inmigración y el proceso de inserción urbana de los inmigrantes. La sociabilidad constituye un aspecto básico de la ciudad de recepción que “dota de especificidad la trama organizativa de cada sociedad concreta” (Cucó, 2004: 126). Igualmente, la sociabilidad específica de los inmigrantes expresa al mismo tiempo que conforma sus estrategias de inserción, los recursos con que cuentan y la forma de utilizarlos.

2) EL BARRIO DE RUSSAFA EN LA VALENCIA INMIGRANTE

Desde finales del siglo XIX, Russafa se había conformado como un barrio popular y de pequeños comerciantes, con una trama de relaciones informales y ve-

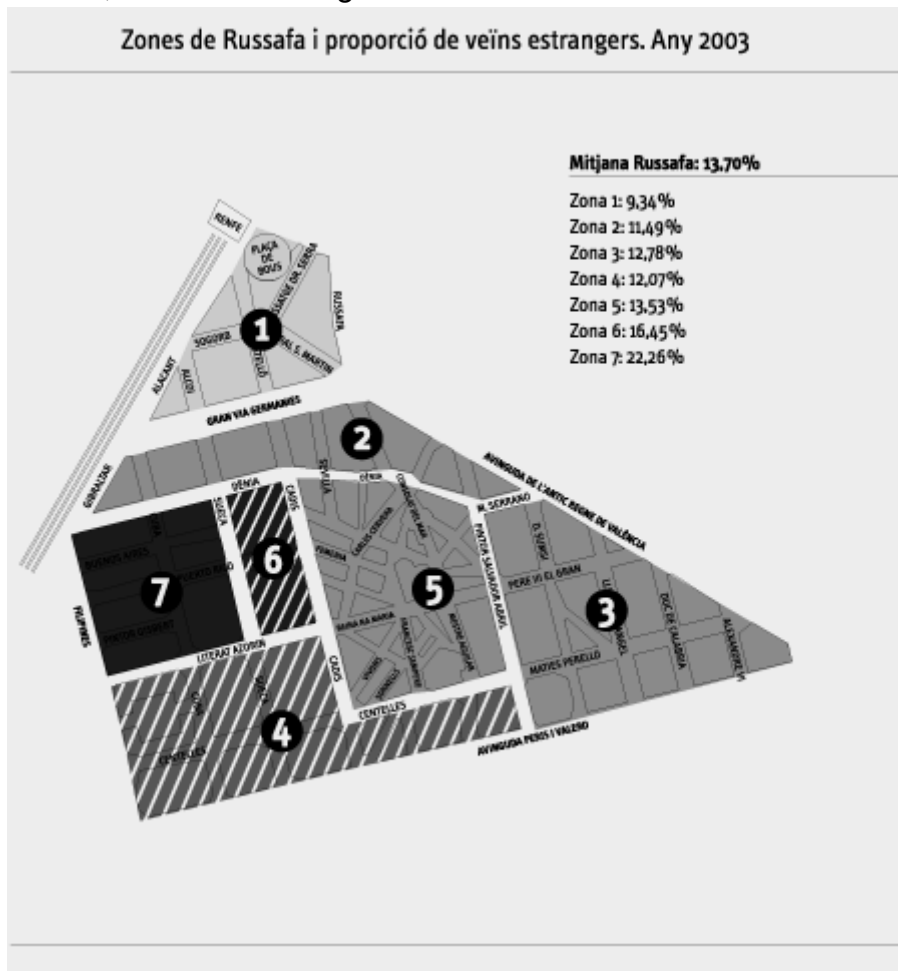
⁶ De acuerdo con el modelo de barrio étnico, *Chinatown* o *Little Italy*, la mayoría de los vecinos son miembros del colectivo de referencia. No es el caso de nuestras ciudades donde, sin excluir concentraciones relativas, lo característico son los barrios multiculturales. Esta situación es distinta, también, de la inserción residencial segregada que se da en zonas de agricultura intensiva exportadora de Almería, otras provincias de Andalucía y del campo murciano, según la cual los autóctonos viven en el núcleo urbano y los inmigrantes —jornaleros— en “diseminados” (Castaño, 2000; Martín, 2002; Fernández y Checa, 2003, Strohmayer et al, 2004).

cinales, intensas y densas, basadas en el conocimiento y la coincidencia en los lugares significativos del barrio (el Mercado, la iglesia de San Valero, el Colegio Balmes y las fallas. Mapa 1). A partir de los años 70, el barrio había perdido población, buena parte del pequeño comercio había cerrado y la intensidad y centralidad de las relaciones vecinales se había debilitado. Sin embargo, desde primeros de la década de los 90 el proceso de pérdida de población se detuvo y algunas de sus características tradicionales, como la animada vida de calle y la intensa actividad económica, han revivido aunque modificadas. A los vecinos de “toda la vida”, se han sumado los nuevos vecinos autóctonos de la década de los 90, jóvenes estudiantes y profesionales en su mayoría, y los vecinos extranjeros que en enero de 2005 constituían el 15,9% del total del vecindario.





Los primeros vecinos extracomunitarios que se instalaron en Russafa, a finales de los años 80, fueron marroquíes. La existencia de una oferta de vivienda barata vacía, además de la buena comunicación del barrio, fue decisiva en el asentamiento inicial. Además, en las calles Cuba y Dénia, la zona más modesta del barrio, abrieron entre 1990 y 1992 los primeros bazares y una carnicería *halal* que abastecían a los vendedores ambulantes y a los vecinos magrebíes. La existencia de compatriotas asentados reforzada por una oferta de servicios propios generó un efecto llamado en un doble sentido: aquí hay casas para inmigrantes y aquí viven algunos de los “tuyos”, de los que puedes esperar una mayor ayuda por el origen común, la etnia o la religión.





A lo largo de los 90, Russafa se consolida como uno de los barrios de inmigración de Valencia, con diferentes funciones respecto a los nuevos vecinos. Para unos, Russafa constituye un barrio de llegada y primera vivienda; para otros, muchos de ellos residentes desde años, Russafa se ha constituido como un barrio de asentamiento e inserción. En un primer periodo, la década de los 90, un número reducido de marroquíes, chinos y argentinos se asientan como vecinos, en un proceso lento y discreto. En un segundo período, en el que nos encontramos desde el inicio del siglo, el proceso se acelera con un aumento sustancial del número de vecinos extranjeros, que pasan de 548 en enero de 2000, el 2,4 % del total del vecindario, a 4.036 en enero de 2005, el 15,9 %. En estos años, el protagonismo corresponde a la inmigración latinoamericana, fundamentalmente ecuatoriana y colombiana, y en menor medida, a los nacionales de Europa del Este. En enero de 2005, casi uno de cada tres vecinos extranjeros era ecuatoriano.

De forma similar a lo que ocurre en el ámbito de Valencia, los vecinos extranjeros de Russafa se distribuyen de forma desigual en el barrio. Se dan situaciones de concentración en algunas calles, las zonas 7, 6 y 5 del mapa 2, mientras que en otras partes del barrio el número de vecinos inmigrantes es menor y está más disperso. Como hemos comentado, las zonas de concentración responden a dos tipos de factores. Por una parte, la existencia de un parque de viviendas más modesto, básicamente en el eje de la calle Cuba. Por otro, el efecto llamada que supone la presencia de compatriotas asentados y de negocios étnicos. Esta concentración desigual se concreta de forma distinta según los colectivos. Si el 70% de los vecinos marroquíes del barrio viven en la zona de la calle Cuba, zona 7, los ecuatorianos están presentes en casi todo el barrio.

Con los nuevos tiempos, la tradición comercial de Russafa ha conocido una significativa transformación. En mayo de 2004, Russafa contaba con 191 negocios étnicos como tiendas mayoristas de textil barato, bazares, tiendas halal y locutorios, regentados en su inmensa mayoría, por chinos, magrebíes, latinoamericanos y se-



negaleses. Estos negocios están segmentados y concentrados por colectivos, lo que ha conformado cuatro “áreas comerciales” etnificadas en el barrio. En su inmensa mayoría se trata de negocios modestos, con uno o dos empleados y que presentan diferencias notables según se trate de negocios comunitarios, dirigidos hacia el propio grupo, o negocios con una clientela autóctona, y también según el colectivo. Además de la actividad económica que realizan, el análisis de los negocios étnicos de Russafa nos muestra su importancia como espacio de sociabilidad y su dimensión identitaria y simbólica. Como luego comentaremos, de forma diversa según las culturas, los negocios constituyen actividades, imágenes y espacios relacionales que reafirman y reconstruyen, de forma cotidiana, la identidad como grupo en inmigración.

En el mapa de la Valencia inmigrante, el barrio de Russafa ocupa un lugar “especial” que no se debe, sólo ni fundamentalmente, al número de vecinos inmigrantes⁷. Como en la Goutte d’Or y Belleville en París, Raval en Barcelona o Côte-des-Neiges en Montreal, el barrio de Russafa se ha conformado como un espacio de “centralidad inmigrante” (Messamha y Toubon, 1990). Un barrio multicultural, con una presencia “tradicional” de inmigrantes, que concentran un importante número de comercios étnicos y espacios de sociabilidad específicos. Todo ello genera una frecuentación asidua del barrio por parte de magrebíes, senegaleses y, en menor medida, ecuatorianos que, aunque no sean vecinos, acuden a Russafa para comprar y relacionarse con conocidos y compatriotas. Esta sociabilidad inmigrante concentrada tiene, además, un reflejo en las representaciones colectivas que la sociedad valenciana tiene de Russafa, identificado como el barrio “multicultural” de Valencia.

⁷ Otros barrios de Valencia tienen, en la actualidad, una proporción mayor de vecinos inmigrantes como Els Orriols (20,1% del total del vecindario) o La Roqueta (18,4%). La media de la ciudad, era, en enero de 2005, del 10,4%.



Además Russafa comparte otros rasgos con algunos de los barrios señalados. Antiguos barrios populares que, por un lado, se han constituido en espacio de asentamiento de la inmigración y que, por otro, dada su centralidad, se encuentran en un proceso de renovación y “mejora” urbana. Todos estos factores hacen del barrio de Russafa un “lugar estratégico de investigación” entendido, en el sentido de Merton, como un caso empírico particularmente favorable para el estudio de los fenómenos de sociabilidad urbana vinculados al proceso de inserción de los inmigrantes.

3) ENTRE EL ABANDONO Y LA REHABILITACIÓN

En el acelerado proceso de transformación en que se encuentra Russafa podemos destacar dos procesos mayores que marcaran el futuro del barrio. La evolución, desarrollo y dinámicas que comporte el proceso de inserción de los vecinos inmigrantes constituye uno de estos procesos. El segundo esta conformado por las dinámicas y consecuencias que genera el proceso de renovación y “mejora urbana” del barrio.

A pesar de las últimas actuaciones, como la rehabilitación del CP Balmes, el barrio mantiene unos déficits de servicios y equipamientos notables. Con toda su superficie construida, el barrio sólo cuenta con un jardín, la plaza M. Granero; las dotaciones escolares son insuficientes y la Universidad Popular, junto con el nuevo Centro Juvenil, constituyen los únicos centros cívicos o culturales de titularidad pública. Durante los últimos años se ha dado en Russafa una conciencia creciente de los problemas del barrio. Un aspecto común de los discursos de las asociaciones del barrio ha sido la denuncia del “proceso de degradación” que genera las viviendas con escasas condiciones de habitabilidad, el intenso tráfico, la carencia de zonas verdes y los problemas de equipamiento, así como el “abandono” por parte del Ayuntamiento. Buena parte de las realizaciones de los últimos años ha tenido en su



base una reivindicación popular. Sin embargo, parece abusivo generalizar al barrio el término de degradado. Si bien faltan zonas verdes y equipamientos, la vivienda degradada y el tipo de situación social que sugiere el término está muy limitado a una parte de la trama urbana (y se ha reducido de forma muy notable en los últimos años).

A pesar de estos problemas, la realización del futuro Parque Central de la ciudad, en los terrenos colindantes de RENFE, ha revalorizado la centralidad del barrio. Aunque el Parque tardará años en ser una realidad, ya ha generado un aumento de la actividad constructora y del precio medio de la vivienda. Se está dando un proceso de rehabilitación y construcción de nuevas fincas —de estricta iniciativa privada— que va conformando una oferta de vivienda superior, en precio y calidad, a la media actual del barrio. Igualmente, han abierto sus puertas diversos establecimientos dirigidos a un público de cierto poder adquisitivo y gustos “cosmopolitas”.

Nos encontramos así con dos procesos, inserción de los inmigrantes y renovación urbana, con dinámicas no coincidentes y que, incluso, tienen lógicas opuestas. Si el primero tiende a consolidar el multiculturalismo del barrio, el segundo facilita la sustitución del vecindario de rentas más modestas por otros de rentas superiores y supondrá, a medio plazo, a una disminución del carácter multicultural de Russafa, tanto por la reducción del número de vecinos inmigrantes como por las consecuencias sobre los comercios étnicos.

4) EL BARRIO COMO MOSAICO COMÚN

La investigación sobre Russafa nos muestra la compleja trama de relaciones y formas de sociabilidad que conforman el barrio como un espacio social concreto, con un amplio abanico de usos. Para una buena parte de los vecinos “de toda la vida”, la mayoría gente mayor, Russafa constituye su espacio central de sociabilidad. En contraste, los nuevos vecinos estudiantes y profesionales suelen tener unas re-



des de relaciones más allá del barrio y, una parte de ellos, hacen escasa vida en Russafa, aunque valoren positivamente su multiculturalismo. Por su parte, entre los vecinos inmigrantes también se dan diferencias según la procedencia, cultura y estrategia de inserción.

De forma general, podemos afirmar que la sociabilidad en Russafa presenta una doble cara, común y específica, como nos muestra un simple paseo por sus calles. La primera, la co-presencia cotidiana de vecinos de diferentes orígenes que comparten las fincas y las calles, el Mercado, la plaza M. Granero, la puerta de los colegios o la sala de espera del Centro de Salud. Al mismo tiempo, algunas calles de Russafa evocan la imagen de Park del mosaico, pequeños mundos que se tocan pero no se interrelacionan. Tenemos una diversidad de formas de sociabilidad propia de los vecinos inmigrantes que hacen del espacio del barrio un recurso de primera importancia, aunque con usos muy distintos (residencial, comercial, lugar de encuentro y ocio). En el caso de los magrebíes, que combinan el uso residencial, comercial y de encuentro, el barrio focaliza una buena parte de su sociabilidad. Los senegaleses hacen un uso comercial y relacional de las dos calles que concentran sus negocios, pero residen fuera del barrio⁸. Los vecinos ecuatorianos hacen un uso básicamente residencial del barrio, al que vuelven por la noche después de trabajar. Además, buena parte de sus lugares de ocio y encuentro se ubican fuera del barrio, en el cauce del Túria y otros parques de la ciudad. Sin embargo, son los vecinos inmigrantes que han tenido una más rápida inserción en espacios importantes del barrio, como el Mercado o la iglesia de San Valero. Una muestra más de las complejas relaciones entre espacio y dinámicas sociales, así como de la multiplicidad de factores que actúan.

⁸ Los vecinos senegaleses de Valencia viven de forma muy dispersa, en una red de pisos compartidos que nuclea buena parte de su sociabilidad (comidas, rezos, reuniones). Torres (2005: 193)



La imagen del mosaico, parcelado pero común, también nos puede ilustrar la vida asociativa del barrio. Tenemos dos redes o mundos asociativos que, se diría, coexisten más o menos en paralelo. Por un lado, las asociaciones autóctonas de diverso tipo como las organizaciones festivas, las fallas y otras, la Asociación de Vecinos, la Asociación de Comerciantes, diversas ONG con sede en el barrio, y otras organizaciones. En términos generales, los inmigrantes no participan en las organizaciones autóctonas del barrio o presentes en él⁹. No habría que extrañarse por ello. En el caso de los primeros migrantes, la escasa participación en las organizaciones autóctonas y la tendencia a constituir asociaciones propias ha sido una constante histórica. El otro mundo asociativo, el de los nuevos vecinos, está constituido por una organización religiosa musulmana, la Asociación Cultural Islámica Al Fatah que gestiona el oratorio, y las asociaciones de Inmigrantes Argelinos, de Inmigrantes Marroquíes Al Amal y la ecuatoriana Rumiñahui, como asociaciones de organización y defensa de los inmigrantes¹⁰. Al mismo tiempo que podemos hablar de dos mundos paralelos, en los últimos años se han dado una serie de dinámicas e iniciativas conjuntas de una parte del tejido asociativo, incluidas las organizaciones y redes de inmigrantes.

Por ello, conviene matizar la metáfora de Park. Se da un mosaico, pero éste es común y sus partes interaccionan. Las redes informales, los grupos de calle y la comunidad magrebí interactúan, en diferente medida, con su entorno social más próximo, y dicha interacción les afecta y modifica. Al mismo tiempo que se “acomodan” al barrio, imprimen su carácter a una parte de sus calles que cambian de significación simbólica. Igualmente, con mayor o menor acuerdo, se han dado contactos

⁹ Ello no excluye la presencia simbólica de algunos inmigrantes como socios o que participen en actividades y/o campañas concretas, particularmente en las iniciativas de la Asociación de Madres y Padres (AMPA) CP Balmes o de algunas ONG.

¹⁰ Además de estas asociaciones, las de mayor incidencia en el período que comentamos, habría que señalar la presencia de ARI-Perú. Igualmente, después de su revitalización en la primavera de 2004, la Asociación de Senegaleses de Valencia ha instalado su sede en el barrio.

entre las asociaciones. Que esta interacción haya sido “forzada” por las circunstancias, distintas en cada caso, no minimiza su importancia y sus efectos tanto para los vecinos inmigrantes como para los autóctonos.



5) LAS “ÁREAS” COMERCIALES Y LOS GRUPOS DE CALLE

Los negocios étnicos de Russafa se encuentran concentrados espacialmente y diferenciados por colectivos. Esta distribución ha facilitado la conformación de cuatro “ambientes comerciales”; tenemos un “área comercial” senegalesa, en las calles Alcoi i Segorbe. Otra es la “área” magrebí, la “zona mora” del barrio, alrededor del eje de la calle Cuba y las calles Buenos Aires y Puerto Rico. Hacia la mitad de la calle Cuba cambia la etnicidad predominante de los comercios que pasa a ser china,



no tanto por los clientes, autóctonos, sino por los propietarios y dependientes de las tiendas, los ideogramas y otros aspectos. El cuarto ambiente comercial es el ecuatoriano y latinoamericano, en general, más concentrado en los alrededores del Mercado.

En términos generales, los negocios étnicos de Russafa constituyen un espacio de sociabilidad con características semejantes. Los negocios son sitios de reunión y relación con compatriotas, donde encontrar información, contactos y —a menudo— un espacio acogedor y conocido en una sociedad extraña. Los locales étnicos forman parte de las redes informales de cada colectivo y funcionan como “nodo”, espacio de encuentro y distribuidor de flujos, sean éstos de información, dinero, bienes y relaciones. Por otro lado, el espacio de sociabilidad que constituyen los negocios y las áreas comerciales adopta unas formas u otras según la cultura del colectivo de procedencia, el tipo de negocios, la estrategia de inserción y los diferentes usos que hacen del barrio.

En su inmensa mayoría, los negocios magrebíes y senegaleses son de tipo comunitario, ofrecen mercancías y productos específicos a su colectivo de referencia, lo que hace de estos locales y sus calles un espacio central de sociabilidad. Además, en el caso magrebí, esas calles son también donde viven y donde se relacionan. Por su parte, los senegaleses sólo están en horario comercial y de forma más puntual. Los vecinos y/o comerciantes chinos, a diferencia de otros colectivos, no han desarrollado fenómenos de sociabilidad de calle. Sus negocios están orientados hacia el público autóctono y, por otra parte, al menos por el momento en Valencia, su sociabilidad como grupo se centra en espacios cerrados y/o semi-públicos¹¹.

¹¹ Por citar un ejemplo. A diferencia de Madrid —Lavapiés— y de otras ciudades europeas, la celebración del Año Nuevo Chino tiene lugar en locales alquilados para la ocasión, sin repercusión pública.



Los negocios magrebíes y los grupos de calle masculinos constituyen los dos elementos característicos de la “zona mora”. Cualquier tarde, en particular los viernes y los sábados, hay grupos de entre 2 ó 3 hombres hasta 5 ó 6, que hablan entre ellos, van de un grupo a otro, o se detienen con el dependiente que está en la puerta de su establecimiento. Estos grupos, las conversaciones animadas, el movimiento incesante... recrean la sociabilidad de calle del norte de Marruecos y de otros países del sur mediterráneo (y que, hasta hace pocas décadas, era también habitual en muchas localidades valencianas). El atardecer es el momento de máxima afluencia, con todos los locales abiertos; por las mañanas, los grupos son más reducidos y compuestos por adolescentes y hombres jóvenes.



grupos ecuatorianos y magrebíes tienen una valoración muy distinta. Los primeros son “trabajadores que se juntan después del trabajo”. Sin embargo, ese es el caso de muchos magrebíes y casi nadie lo afirma de ellos. ¿Qué características, reales o atribuidas, dan esta mayor relevancia a los grupos de calle magrebíes? El número de personas es relativamente importante, se da muy concentrado y están presentes a lo largo de todo el día. Otros comentarios vecinales aluden a que son grupos sólo de hombres, una diferencia cultural que se resalta respecto a los ecuatorianos y a nosotros mismos. Sin embargo, más allá de estas razones, lo que hacen más significativos a los grupos magrebíes son las actividades que se les presuponen, los recibos que suscitan y la mezcla de pequeños incidentes y prejuicios que concentran. Menudean los comentarios negativos sobre dos temas. Uno, la vulneración de las normas de urbanidad, en particular frente a las mujeres. Así, no son extrañas las referencias a que “ocupan todo el espacio y no dejan pasar” y a las miradas, requiebros y actitudes machistas ante las mujeres jóvenes. El otro aspecto negativo es la vinculación con la inseguridad ciudadana y la delincuencia, una vinculación que se asienta en los prejuicios, las realidades complejas y las verdades a medias. Al estereotipo del marroquí, persona poco fiable, se añade, en este caso, la existencia de jóvenes magrebíes que venden hachís y actúan mezclados con los grupos de calle lo que facilita la generalización sobre todo el colectivo, en este caso a los grupos de calle. Además, esta imagen se ve reforzada por la percepción que genera el control policial de la zona, concretado en la petición de documentación a los hombres magrebíes.

Mientras los ecuatorianos aparecen como trabajadores, con la misma lengua y tradición cultural, aunque puedan ser vecinos ruidosos, los magrebíes son objeto de sospecha y suscitan las connotaciones negativas asociadas históricamente al “moro” que ha constituido, conjuntamente con el gitano, el “otro” histórico en nuestra conciencia colectiva.



6) LOS “MOROS” EN EL BARRIO. LA COMUNIDAD “MAGREBÍ”

“Moro” es una expresión habitual para referirse a los vecinos marroquíes y, por extensión a los procedentes del norte de África y de Oriente Medio (es decir, el Mediterráneo musulmán)¹². Los vecinos “moros” son, en su mayoría, marroquíes pero también argelinos y, en un número muy reducido, sirios y tunecinos. Además de los vecinos empadronados, hay magrebíes con domicilio en otros barrios de la ciudad pero que regentan o trabajan en un comercio y hacen “vida” en la calle Cuba. Igualmente, la conformación de la “zona mora” ha generado que una parte del vecindario magrebí de barrios adyacentes frecuente Russafa, en algunos casos de forma casi diaria.

Para referirse a este conjunto, mis informantes marroquíes y argelinos utilizaban de forma indistinta los términos “grupo”, “colectivo” o “comunidad”. Por mi parte, utilizaré el término comunidad en un sentido weberiano destacando tres de sus aspectos: el sentimiento de pertenencia al grupo, que este sentimiento influya en la acción social que se realiza y que se de una diferenciación consciente frente a terceros¹³. Al hablar de “comunidad magrebina” en Russafa me interesa, más allá de la

¹² “Moro” no identifica, de forma genérica, a los musulmanes. En el caso de los senegaleses, los “negros”, es el color y no la religión el aspecto básico de su conceptualización en los comentarios vecinales. También se distingue a los pakistaníes de los moros. Sin embargo, la “tienda del sirio” (uno de los comerciantes más antiguos y conocidos) es, para todos los interlocutores, autóctonos e inmigrantes, una tienda “mora”. Moro remite a “nuestro” musulmán, al más cercano histórica y geográficamente, una identificación que en el País Valencia, se ve reforzada por fiestas y tradiciones populares como los Moros y cristianos.

¹³ Weber (1993: 33 y 34). En mi trabajo, se define comunidad como el conjunto de individuos con una serie de aspectos comunes (etnia, procedencia, cultura, religión, etc.) que son considerados significativos por ellos y por los otros grupos, que realizan una interacción relevante basada en esas características y que desarrollan una identidad específica y un sentimiento de pertenencia que generan unos vínculos y lazos sociales. Esta definición de comunidad es muy amplia. Incluye los grupos étnicos, las comunidades nacionales, determinados grupos religiosos y grupos locales con vínculos comunitarios, entre otros casos. Sin entrar en las discusiones planteadas al respecto de la comunidad (De Marinis, 2005), si cabe explicitar que esta definición se plantea como una guía de investigación que necesariamente debe contrastarse con la realidad concreta. Para esta conceptualización, de tipo constructivista y relacional, véase Torres (2005: 262 y ss y 293 y ss).



“etiqueta”, mostrar las lógicas y las dimensiones comunitarias que operan en la configuración social concreta que constituye el “colectivo” magrebí del barrio.

Tenemos una concentración urbana de vecinos magrebíes donde se ha desarrollado una compleja trama de relaciones y redes intra-grupo que constituyen una recreación adaptativa de la sociabilidad y de algunos de los referentes de la cultura de origen: las plegarias en común en el oratorio, la compra en los comercios, las relaciones masculinas informales de calle. En el espacio de cuatro calles se ha generado una zona “mora” en la que el oratorio y los comercios focalizan la sociabilidad específica. El oratorio tiene, como lugar de culto, una posición simbólica central y, como destacan Lacomba (2001) y Moreras (1999, 2002), sus actividades y funciones se orientan con una lógica de construcción y/o reconstrucción de la comunidad islámica minoritaria en una sociedad no musulmana. Se da una delimitación espacial, relacional y simbólica respecto al resto del barrio. Por parte de los “magrebíes” existe una alta conciencia de identidad específica y compartida, inmigrantes magrebíes en Valencia, que se manifiesta en la recreación de su sociabilidad y en todo tipo de comentarios que califican al grupo como un conjunto diferenciado: “colectivo”, “comunidad”, “los de Russafa”. Por otro lado, el contraste establecido por los vecinos respecto a los “moros”, más intenso y significativo que frente a cualquier otro colectivo, actúa como espejo que refuerza este sentimiento.

En función de esta conciencia específica se realizan acciones significativas, unas dirigidas al propio grupo y otras al conjunto del barrio. Estas acciones suelen ser iniciativas de miembros “importantes” de la comunidad: los directivos de la Asociación Cultural Islámica, el imán, unos determinados comerciantes, miembros destacados de las asociaciones de marroquíes y de argelinos. En todo caso, las acciones tienen el apoyo de la compleja trama formada por el oratorio, los comercios y teterías, los grupos informales y los miembros activos de las asociaciones. Algunas de estas acciones son intra-grupo y pretenden resolver alguna necesidad colectiva, material y/o simbólica. Es el caso del “Comedor popular Russafa” que funcionó en el



Ramadan de los años 2000 y 2001, dando de forma gratuita un centenar de sopas *halal*, gracias al trabajo voluntario y los alimentos que se consiguieron¹⁴. También se realizan iniciativas intra-grupo en función de su relación con el barrio. En el año 2001, preocupados por el aumento de la inseguridad ciudadana y los crecientes comentarios negativos hacía los magrebíes, “miembros de la comunidad” tuvieron diversas iniciativas para conseguir que un grupo de “*manguis*” magrebíes dejara de operar en el barrio. Por otra parte, los vecinos magrebíes participaron de forma masiva en la manifestación de 31 de enero de 2002, formando un gran bloque —casi un tercio del total de manifestantes— encuadrado por dos pancartas, en valenciano y árabe: “*Veïnat magribi de Russafa. Grafies àrabs. Volem viure amb dignitat*” y “*Convivència si, delinqüència no*”. Además de los objetivos explícitos de la manifestación —reclamar más atención y equipamientos para el barrio—, la masiva presencia magrebina tenía el objetivo de “legitimarse” ante los ojos de todo el barrio, como vecinos contrarios a la delincuencia. Aunque la manifestación estaba convocada por las asociaciones de marroquíes y de argelinos, las pancartas estaban firmadas por el “vecindario magrebí”. La autoafirmación como vecinos “respetables” y la demanda simbólica de reconocimiento como tal se hizo como grupo.

El caso de Russafa cuestiona la imagen de comunidad musulmana de inmigrantes como algo cerrado en si mismo, homogéneo y esencialista¹⁵. En contra de la

¹⁴ Se trataba de facilitar el seguimiento del Ramadán y ofrecer a los magrebíes en situación más vulnerable una comida y un sitio donde compartir la ruptura del ayuno del día. Los alimentos tenían una doble procedencia: el banco de alimentos de Cruz Roja (al que se accedía por las asociaciones de inmigrantes) y las donaciones de comercios, de miembros de las asociaciones y de musulmanes piadosos. Para trasladar los alimentos, cocinar, repartir los platos y limpiar el local, hacían turnos unas doce personas de forma más estable y bastante más de forma puntual. En años posteriores, la iniciativa del Comedor Popular no tuvo continuidad dada la dificultad de alquilar un bajo adecuado en el barrio y sólo por dos meses. En 2002 y años posteriores, el “operativo” se trasladó al oratorio en términos más modestos.

¹⁵ En los debates sobre migraciones la cuestión comunitaria ha adquirido un creciente protagonismo. Desde posiciones como las de Sartori (2000) que enfatizan las contradicciones entre las comunidades musulmanas en Europa y los valores democráticos occidentales, se nos muestra una imagen de



visión de las comunidades como burbujas que concentran todas las relaciones relevantes de sus miembros, los vecinos magrebíes establecen diversos tipos de relación, unas más comunitarias y otras más utilitarias, pragmáticas e individualizadas, entre ellos y con autóctonos. Por otro lado, lejos de la supuesta homogeneidad interna, en el grupo que comentamos se dan jerarquías y conflictos de intereses, como entre los comerciantes y sus dependientes. Además son patentes las diferencias por nacionalidad, sobre el grado de cumplimiento de los preceptos islámicos y la adaptación de las costumbres. Más todavía, el supuesto esencialismo cuadra mal con los debates sobre estos temas, la diversidad de prácticas y los cambios que se han producido en la orientación del oratorio.

La existencia de una configuración comunitaria y de dinámicas que privilegian las relaciones intra-grupo no necesariamente tiene que suponer el enclaustramiento y el desinterés por el entorno social más amplio. En el caso de Russafa, será a partir del año 2000, cuando ya se dispone de una red comunitaria relativamente consolidada, cuando se dará una actitud más activa en los debates e iniciativas en el ámbito de barrio, a menudo a través de las Asociaciones de Marroquíes y de Argelinos. Dicho de otra forma, las dinámicas comunitarias pueden dar a sus miembros, y al grupo como tal, más recursos, posibilidades y oportunidades, para intentar una “mejor” inserción en el barrio e intervenir en los asuntos comunes que les puedan afectar. Otro tema es que dicha intervención pueda constituir un motivo de tensión y rechazo vecinal.

comunidad musulmana de inmigrantes como un todo homogéneo, esencialista e inmutable. Para una crítica de este *homo islamicus*, véase Álvarez (2002) y De Lucas (2003).



7) EL MERCADO Y LA PLAZA. LA CONVIVENCIA PACIFICA PERO DISTANTE

Al mismo tiempo que algunas de sus calles constituyen un recurso para recrear formas de sociabilidad específica, el barrio se conforma como un espacio compartido. La otra cara de las calles de Russafa, mayoritaria, la constituye las formas diversas de sociabilidad común, con distintas dinámicas sociales y con diferentes repercusiones (por ejemplo, sobre la percepción y valoración social de los nuevos vecinos).

El uso compartido de las calles y espacios del barrio presenta diferencias notables según los grupos de vecinos, tanto autóctonos como inmigrantes. Sin embargo, en la mayoría de los espacios, esta co-presencia se resuelve en términos de “convivencia pacífica pero distante” (Germain, 1995), una educada e indiferente reserva frente al otro, que en la medida que se consolida como cotidianeidad, no deja de tener sus efectos. Es el caso del Mercado respecto a los latinoamericanos.

El de Russafa es el tercer mercado más grande de Valencia, con 193 paradas en activo y una gran actividad matutina. Muy frecuentado por los vecinos de Russafa y de barrios limítrofes constituye el motor económico del barrio y, en particular, de los bares, restaurantes y pequeños comercios de las calles adyacentes. Además de su función económica y de abastecimiento, el Mercado continúa siendo un espacio central de encuentro, información y reconocimiento como vecino ante los ojos del resto. Tanto para los vecinos de “toda la vida” como para los jóvenes profesionales, aunque para éstos limitado a la mañana del sábado, “vivir en Russafa” es pasar por el Mercado y participar en la trama relacional —superficial y banal— entre vecinos, vendedores y vendedoras.

Las vecinas y vecinos ecuatorianos y, en general latinoamericanos, se han incorporado de forma muy rápida a la vida del Mercado. En muchas paradas se pueden adquirir vegetales, tubérculos y otros productos latinoamericanos. Las *pescateras* han ampliado la variedad de sus reclamos y —según el cliente— se pasa del “frito” al “ceviche”. En varias paradas de verduras y frutas trabajan, como dependen-



tas, mujeres jóvenes latinoamericanas. Al Mercado no sólo acuden los ecuatorianos del barrio; también los de barrios colindantes para los que la presencia de bares y locutorios latinoamericanos constituye un atractivo más. A diferencia de los ecuatorianos, los miembros de otros colectivos no suelen frecuentar el Mercado. Magrebíes y chinos se aprovisionan en las tiendas propias y su presencia en el Mercado es, en términos generales, bastante puntual y esporádica.

La presencia de los ecuatorianos en el Mercado supone una interacción cotidiana, banal pero satisfactoria para todos los actores que contribuye a incluir a los latinoamericanos como unos clientes y vecinos más. Como afirmaba una vendedora, en un comentario relativamente habitual, entre los signos de asentimiento de los clientes:

“inmigrantes hay muchos... pero los ecuatorianos son como nosotros, vienen al Mercado, compran aquí...te entiendes bien y son educados.... la (dependienta) de esa parada es ecuatoriana o de uno de esos países, la ves muy trabajadora... es que tienen más voluntad”.

Y, ante mi pregunta, ¿más voluntad de qué?, añadió:

“de hacerse vecinos, de ser vecinos como todos y no como los otros (inmigrantes) que no salen de sus tiendas” (Torres, 2005: 342)

Se puede entender el comentario en un sentido pragmático. Como buena vendedora desea, legítimamente, aumentar su clientela. Tiene también otro sentido, menos utilitario y más simbólico. La participación en el espacio común del Mercado constituye, a sus ojos, una prueba de la voluntad de integración del inmigrante. La inserción de los latinoamericanos en el Mercado, muy rápida en los últimos tres años, tiende a ratificar las imágenes más positivas respecto a ellos.

Otro espacio público importante es la plaza M. Granero, el único jardín de Russafa. Situada en la isla interior de una manzana de casas, abierta por dos lados, es una plaza amplia, luminosa, con árboles frondosos y una zona de juegos y otra de jardín. A pesar de encontrarse alejada del centro del barrio, es muy frecuentada



por los vecinos. Por la tarde, acuden madres ecuatorianas y magrebíes, con sus hijos e hijas. Aunque en menor número, hay mujeres chinas con sus menores que son ya habituales. También suelen pasar por la plaza grupos de menores ecuatorianos, entre 8 o 12 años, ya solos. Al atardecer una parte de las parejas y de los grupitos de adolescentes son ecuatorianos. Aparte de algunas calles, la plaza se nos muestra como el espacio más común y compartido del barrio.

Entre los usuarios de la plaza, miembros de diferentes grupos étnicos, no se da apenas interrelación y cuando se da es poco significativa. No hay ingerencia en el espacio del otro, el banco que ocupa, y se tiende a ocupar otro. Se da una actitud de indiferencia consciente, sin embargo, de la presencia del otro: se procura que los juegos de los más pequeños no molesten a quien está en el banco de al lado. Los reconocimientos, los saludos y las conversaciones animadas se dan entre madres del mismo grupo étnico.

Este orden se modula de forma diferente según el espacio de la plaza y la edad. La zona de juegos infantiles es la más animada. Los pequeños y pequeñas juegan e interaccionan entre ellos. Como consecuencia, las personas que los cuidan, normalmente las madres, pueden relacionarse entre si. En el resto de la plaza, el orden hegemónico es la distancia cortés, la urbanidad con que compartimos con desconocidos un jardín público.

Aunque la interrelación entre usuarios sea escasa, eso no quiere decir que la plaza no tenga normas comunes. Son reglas implícitas que, bajo la norma general de la convivencia pacífica pero distante, ordenan los espacios, establecen los comportamientos adecuados en cada uno de ellos (la zona infantil, el paseo central, la zona de parterres y arboleda) y regulan el uso y disfrute de los elementos y recursos de la plaza, como los bancos. En realidad, el funcionamiento de la plaza es muy similar al de otras muchas plazas en nuestras ciudades, eso sí teñido por el multiculturalismo de las viandantes, sus hijas e hijos.



Que la interacción que caracteriza la plaza sea escasa y banal no implica que no tenga consecuencias, al menos a dos niveles. Por una parte, este tipo de orden, que combina la proximidad física y la distancia relacional, permite la convivencia en la plaza, sin mayores tensiones, a gente de diferentes generaciones, culturas y orígenes. La cortés indiferencia frente al otro hace posible un clima general de seguridad y confianza. Seguridad de no ser molestado; confianza para llevar a las más pequeños o verse con familiares y amigos. Por otro lado, el disfrute común de la plaza, la interacción banal pero cotidiana y la familiaridad con el otro que facilita, puede generar efectos de reconocimiento como unos vecinos más. Una escena de abril de 2003, una tarde animada, puede ilustrar esta idea de reconocimiento. En un grupo de madres autóctonas, una de ellas comentó que le faltaba una bolsa de plástico. Otra insinuó que quizás la mujer china que acababa de irse, cerca de donde ellas estaban, la había cogido. Una de las mujeres que, como yo se había incorporado al grupo a cierta distancia, afirmó: “la china es una buena mujer”. Ante las exclamaciones y preguntas del resto afirmó:

“no, yo no la conozco, pero es vecina... viene al parque muchas tardes con su hija... es muy educada, siempre pendiente de la niña, que no moleste... a mi me parece una buena mujer” (Torres, 2005: 347)

La intervención sembró las dudas, el valor de la bolsa era muy escaso y el pequeño incidente no dio más de sí. El grupito se deshizo. Lo que me interesa destacar es como, en el imaginario de la mujer que así se había expresado, la china estaba integrada como una vecina más, una habitual, una madre de las de “confianza”. Esta mayor familiaridad no se traduce en relaciones intensas ni significativas sino en una aceptación implícita y silenciosa de los nuevos vecinos, cuya presencia no modifica el carácter seguro y apacible de la plaza.

Diversos estudios sobre barrios multiculturales en Montreal, Barcelona y París, nos muestran un tipo de sociabilidad pública parecida. En Montreal, más que espacios propios de un grupo étnico, que también existen, los habitantes de los ba-



rrios multiétnicos frecuentan los mismos espacios públicos, particularmente los parques. La educada reserva frente al desconocido se conjuga con “una voluntad común de evitar las situaciones conflictivas, de compartir sin tropiezos los espacios comunes” (Germain, 1995: 296). Algo similar se señala en diversos estudios sobre barrios multiculturales en Barcelona y París. Así, para el caso de Ciutat Vella, en Barcelona, Aramburu (2002) y Monnet (2002) consideran que la actitud general de los habitantes se caracteriza más por una actitud de reserva que por una búsqueda de interacciones. Delgado (2003) considera que este tipo de estrategias de reserva y no ingerencia son la condición que hace viable la convivencia relativamente poco conflictiva en el Raval de Barcelona.

Algo parecido encontramos en las calles y plazas de algunos de los barrios multiculturales de París. Tanto en Belleville como en el Goutte d’Or, junto a espacios muy etnificados alrededor de los comercios respectivos, parece funcionar “un código de conducta propio de los espacios inter-étnicos” donde las relaciones entre los miembros de diferentes grupos son superficiales, basadas en la reserva. Sin embargo, se ha consolidado una convivencia cotidiana que, en opinión de Toubon y Messamah (1990: 711) para la Goutte d’Or, muestra “la presencia de una verdadera estrategia colectiva que fundamenta una coexistencia posible sobre el rechazo de la interferencia, que puede leerse como un acto de tolerancia”. En términos similares se expresa Simon (1997) sobre las calles de Belleville. En suma, en diferentes casos, el principio de no ingerencia —una indiferencia consciente de la presencia del otro— permite una convivencia sin tensiones, el disfrute común de los espacios públicos y puede facilitar que se produzcan efectos diversos de reconocimiento. Con todo, este proceso requiere tiempo, hogares inmigrantes consolidados y un ambiente social “tranquilo” que lo facilite.



8) LA CONVIVENCIA TENSA Y EL RECONOCIMIENTO NEGATIVO

Sin embargo, la simple co-presencia no es garantía de ausencia de conflictos. No siempre la convivencia se resuelve en los términos de urbanidad que comentamos. Cuando existen dinámicas de tensión inter-grupos, la co-presencia en los espacios públicos tiende a amplificar los motivos, reales o imaginarios, del conflicto. El espacio público se convierte en territorio de disputa y escenario de la tensión¹⁶.

En el caso de Russafa, la situación general del barrio no se caracteriza por la tensión, pero no falta un espacio más conflictivo: las cuatro calles donde están los grupos de hombres magrebíes y una mayoría de sus negocios. Calificar este tramo de la calle Cuba como conflictivo no supone que se den problemas todos los días o que los incidentes, entre autóctonos e inmigrantes, cuando se han dado, hayan sido virulentos. No es ésta la realidad. El adjetivo conflictivo hace referencia a la imagen que sobre estas calles tiene una mayoría de vecinos, una imagen compuesta de pequeños episodios tensos (por miradas, comentarios inconvenientes, actitudes corporales y formas de ocupar la calle), reforzados por los prejuicios respecto a los “moros” y que se sobredimensionan por la vinculación entre grupos de magrebíes y venta de hachís. Para no pocos vecinos y vecinas, se tratan de calles a evitar por la noche.

Antes hacíamos referencia a los efectos de reconocimiento positivo de la convivencia. Sin embargo, si ésta es tensa lo que genera es un reconocimiento negativo del inmigrante. Para una parte del vecindario del eje de la calle Cuba, la presencia cotidiana de los “moros” se identifica como un factor que genera molestias, incomodidad cuando no inseguridad, y una devaluación de su calidad de vida. Este carácter

¹⁶ Como destacan De Haba y Santamaría (2004), una parte de los conflictos inter-étnicos y xenófobos en el Estado Español han estado focalizados sobre el espacio público. Con dinámicas muy distintas, el barrio de Ca N'Anglada en Terrassa, Vic y Banyoles en Barcelona y el barrio de Aravaca en Madrid, se nos presentan como casos donde la co-presencia residencial y/o en el espacio público se conforma como “convivencia tensa y de disputa” (que culminó en estallidos xenófobos).



degradante se centra en la presencia habitual de los magrebíes y las consecuencias negativas que, con más o menos fundamento, le son atribuidas como la inseguridad, la reducción de la clientela de los escasos negocios autóctonos que subsisten o una pretendida pérdida del valor inmobiliario de sus pisos. Por lo tanto, dados estos efectos, el inmigrante —particularmente el magrebí— se convierte en vecino indeseable y a evitar. Además, esta situación de malestar se vive con un sentimiento de desamparo e inasistencia tanto por parte de la administración como de las asociaciones del barrio que no afrontan el “problema”. No se trata aquí de entrar en el fundamento de estas quejas. Lo que pretendo subrayar es que este reconocimiento negativo tiende a connotar negativamente al vecino magrebí, a generalizar a todo el grupo esta valoración, legitimando los estereotipos y, en definitiva, a excluirlo del vecindario (al menos, en un sentido imaginario).

9) LA TENSIÓN IMPORTADA, LOS PROBLEMAS INTERNOS Y LA CONCERTACIÓN ASOCIATIVA

En los últimos años se ha dado una dinámica de concertación, con algunas iniciativas conjuntas y no pocos desacuerdos, entre una parte del tejido asociativo del barrio, como la Asociación de Vecinos y la de Comerciantes, el AMPA del CP Balmes, las ONG presentes en el barrio y las asociaciones de inmigrantes.

Una característica de esta dinámica ha sido su carácter reactivo frente a las iniciativas de la extrema derecha en el barrio. En efecto, la extrema derecha valenciana ha focalizado en Russafa su discurso contra la inmigración y ha realizado varias manifestaciones y otras acciones en él¹⁷. La primera de estas manifestaciones,

¹⁷ La extrema derecha, bajo diferentes denominaciones, ha convocado tres manifestaciones en Russafa con lemas bien expresivos. En 1997, “Ruzafa, por un barrio valenciano”, en 2002, “Ruzafa limpia de droga, delincuencia e inmigración ilegal” y en 2003, “Limpiemos Valencia. Nosotros podemos”. Las tres manifestaciones han constituido un fracaso, en términos similares a la de 1997. A ninguna de ellas, asistieron más de 200 personas, militantes ultras.



en 1997, generó un intenso debate y un amplio rechazo en la opinión pública y los medios de comunicación de Valencia. Además, las asociaciones del barrio realizaron una activa campaña en contra, mediante la creación de una Coordinadora. La manifestación, sin apoyos ni vecinos del barrio, desfiló entre pitos y gritos de protesta contra ella. Meses más tarde, con la vuelta a la normalidad, la Coordinadora se disolvió. Sin embargo, esta primera experiencia generó una sensibilidad común sobre la importancia del tema de la inmigración y una red de relaciones que incluían a personas inmigrantes.

Según todos los actores, después de la manifestación falangista, se reestableció una convivencia de escasa interrelación sin particulares tensiones ni comentarios. Esta situación comenzó a variar con el aumento de la inseguridad ciudadana, desde mediados de 2000 y a lo largo de 2001. Menudeaban la sustracción de bolsos, los coches forzados y los robos en comercios en algunos casos protagonizados por magrebíes. Algunos incidentes y peleas entre magrebíes y falleros, en marzo de 2001, contribuyeron a aumentar el malestar. Además, estos problemas se vinculan con los déficits del barrio y el abandono por parte del Ayuntamiento de la ciudad. Después de una tensa asamblea vecinal, entre las asociaciones del barrio que comentamos va creciendo la conciencia de la gravedad del problema y la necesidad de afrontarlo. Aparte de iniciativas específicas de cada asociación, dirigidas a su “público” propio, las asociaciones decidieron convocar una manifestación con el lema, “Recuperar el barrio de Russafa. Exigir a las administraciones”, para reorientar el creciente malestar y en demanda de un Plan Integral de Intervención.

La manifestación de 31 de enero de 2002 fue la más nutrida de la historia del barrio. Más de 2000 personas recorrieron las calles de Russafa en dos bloques bien delimitados. El primero recogía al vecindario autóctono, bajo las pancartas de la Asociación de Vecinos, del AMPA del CP Balmes y otras. Un segundo bloque, al que ya nos hemos referido en este artículo, lo constituía el vecindario magrebí. La presencia de latinoamericanos, los más recientes en el barrio, fue muy escasa. La éxito



de la manifestación y la amplia presencia de magrebíes fue destacada como una “muestra de la convivencia que hay en Russafa”. Efectivamente, se puede leer la manifestación como una muestra del orden multicultural del barrio: un acto cívico común que se desarrolla en dos bloques de vecinos que desfilan conjuntamente pero sin mezclarse.

Durante el año 2002 continuaron los contactos y conversaciones entre las asociaciones y, en Octubre, se constituyó la Plataforma por Russafa, agrupando a las entidades señaladas, con la excepción de la Asociación de Vecinos¹⁸. Esta plataforma ha tenido una actividad relevante, pero desigual, en los años sucesivos.

Más allá de los hechos concretos, este conjunto heterogéneo de asociaciones han desarrollado una serie de iniciativas conjuntas, han establecido unos acuerdos respecto a como abordar los problemas del barrio, la reivindicación del Plan Integral, la presencia de los vecinos inmigrantes y la actitud y medidas a adoptar frente a las marchas xenófobas. Estos años de dinámicas concretas de concertación, de discusiones y desacuerdos, han tenido consecuencias no menospreciables para el tejido asociativo: se ha consolidado una red de relaciones y contactos de personas activas de los diferentes grupos, unos interlocutores reconocidos por todas las partes y una vía para acordar acciones comunes, transmitir mensajes y demandas entre diferentes sectores de vecinos del barrio.

10) ¿TIENE PORVENIR LA RUSSAFA MULTICULTURAL?

En cuanto a la convivencia, encontramos en Russafa diversas dinámicas y tendencias que favorecen la inserción de los inmigrantes como unos vecinos más: la

¹⁸ Las diferencias se centraban en el funcionamiento de la Plataforma, la actitud ante la Ley de Extranjería y las respuestas a dar a los requerimientos y quejas vecinales relacionadas con la inseguridad y la “zona mora”.



cotidianidad de la convivencia pacífica pero distante y los efectos de reconocimiento que genera, la dinámica de acomodación y neutralización de los aspectos más conflictivos por parte de la comunidad magrebí, el espacio común de comunicación para todos los grupos que constituye una parte del tejido asociativo. Hemos visto, también, como está presente la visión del inmigrante —el “moro”— como agente degradante y vecino indeseable, aunque de forma más localizada y limitada a una parte del barrio.

El futuro de Russafa como barrio multicultural depende, básicamente, de la evolución de dos procesos. Uno, la inserción de los vecinos inmigrantes y que las dinámicas de inclusión se generalicen, consolidándose el multiculturalismo. El segundo hace referencia a las consecuencias sociales del proceso de renovación urbana del barrio, en particular la disminución de su heterogeneidad social y étnica actual. Como se ha comentado, dejados a su propia lógica, uno y otro proceso comportan dinámicas opuestas.

La continuidad y consolidación de Russafa como barrio popular y multicultural supone hacer compatibles las dos dinámicas y ello implica una voluntad explícita en este sentido y un acuerdo entre los diferentes grupos de vecinos sobre el barrio que se desea¹⁹. Un acuerdo de este tipo supone, como mínimo, la existencia y el reconocimiento de unas bases y unos intereses comunes como vecinos, una imagen de barrio compartida y valorada por todos y un espacio de encuentro, negociación y ajuste sobre las características concretas de esa heterogeneidad vecinal.

¹⁹ En el caso francés, la mayoría de las intervenciones “renovadoras” de los centros urbanos de París, Marsella y Burdeos, han tenido como consecuencia la expulsión de los vecinos más modestos, tanto inmigrantes como franceses, de las áreas afectadas (Barou, 1999: 187). Lo mismo se puede afirmar en el caso canadiense. Como excepciones se pueden señalar los barrios de Mile-End, en Montreal, y de Belleville, en París, de los que tomo la idea de acuerdo entre vecinos. En los dos casos, la compatibilidad de la mejora urbana y el carácter multicultural del barrio es posible mediante una alianza de sectores significativos de vecinos (antiguos residentes trabajadores, nuevos vecinos profesionales e inmigrantes) que obligaron a los Ayuntamientos respectivos a modificar los planes de intervención (Germain, 1995: 312; Simon, 1997 y 1998).



Como muestra la investigación en el caso de Russafa, la afirmación de intereses comunes como vecinos del mismo barrio implica, entre otros factores, la reducción de la vivencia del inmigrante como vecino degradante y la anulación del discurso de la extrema derecha. Supone, también, una valoración positiva de la actual pluralidad de Russafa, valoración que se sustenta en una doble dinámica. Por un lado, la neutralización por todas las partes de los aspectos más conflictivos; por otro, mostrar las potencialidades positivas de este carácter multicultural mediante plasmaciones prácticas y concretas. Por último, el espacio que conforma la vida asociativa del barrio es el que puede constituirse en espacio de encuentro, ajuste y reconocimiento entre todos los grupos y, por tanto, donde puede gestarse el acuerdo por una Russafa multicultural.

Un proceso de estas características, en caso de darse, tendría repercusiones sobre la convivencia, el tipo de inserción y de pluralismo cultural. En Russafa, como en otros barrios de “centralidad inmigrante”, la convivencia pacífica pero distante parece constituir la sociabilidad común hegemónica en que se concreta la co-residencia. Esta investigación subraya su importancia para compartir sin tensiones los espacios públicos y sus consecuencias de inclusión a medio plazo. Sin embargo, esta convivencia se resuelve más en clave de pluralismo, como presencia de todos, que en clave de interculturalismo, como creciente interacción entre vecinos de diferentes grupos. Por ello, a pesar de su importancia, la urbanidad reservada e indiferente no constituye una base sólida para hacer frente, de forma conjunta y adecuada, a problemas y procesos de transformación del barrio. Dicho de otra forma, un proceso de acuerdo entre vecinos sobre la Russafa del futuro supone —entre otros factores— una mayor interrelación significativa y cotidiana de los vecinos de diferentes orígenes que fundamente y explicita los intereses comunes como vecinos y la imagen positiva y compartida del barrio como espacio de todos. Trabajar por una Russafa multicultural supone ir más allá de la mutua indiferencia cortés, la simple inserción, y avanzar hacia una mayor interrelación entre los diferentes grupos de



vecinos. Cabría recordar, aquí, la distinción establecida entre inserción e integración. Si la inserción remite a la simple inclusión, la convivencia pacífica pero distante en el mejor de los casos, la integración la cualifica como un proceso de participación en igualdad de condiciones y el reconocimiento de los inmigrantes como unos vecinos más que aportan desde su diferencia y, al mismo tiempo, se implican para definir, junto con el resto de vecinos, el barrio que se desea (Torres, 2006). Todo ello supone, en tercer lugar, que junto al actual multiculturalismo de “facto”, y sus diversas manifestaciones, se desarrollan actividades, espacios y dinámicas en clave intercultural²⁰.

Subrayar la importancia del contexto local que constituye el barrio, no supone olvidar los factores y actores que más allá de Russafa inciden en el proceso. Por citar sólo algunos ejemplos, el proceso de renovación urbana está condicionado por la normativa municipal, de construcción y de comercio. Igualmente, la dinámica de sustitución del vecindario modesto por otro de rentas superiores es favorecida por la ausencia de una política de vivienda social. Más allá de la ciudad, los procesos de convivencia en los barrios multiculturales están marcados por la gestión de la inmigración que se realiza y las políticas sociales que se aplican.

Así, la convivencia y los procesos que se dan en los barrios multiculturales como Russafa constituyen una cuestión política, entendida como gobierno de la polis, de los asuntos comunes a todos los ciudadanos y ciudadanas. ¿Qué tipo de convivencia queremos? ¿Qué condiciones sociales son necesarias para una buena ges-

²⁰ La interculturalidad que se propugna constituye un aspecto, importante pero no único, de la integración urbana que se ha definido como horizonte normativo (nota 3). Por interculturalidad se hace referencia a un proceso de interrelación, banal y significativa, entre miembros de diferentes culturas, desde bases de igualdad, reconocimiento de la diferencia y de la necesidad de una cultura pública común. Un proceso de estas características conforma individuos con identidades múltiples y pertenencias diversas. No cabe entrar aquí en los problemas y tensiones que se plantean entre éstos aspectos (los límites de la diferencia, las bases de la cultura pública común, o las relaciones entre individuos, grupos etno-culturales y sociedad). Para un tratamiento más amplio de estas cuestiones véase Torres (2004).



ción de la diferencia cultural? ¿Cómo favorecemos las dinámicas de integración y neutralizamos las de inclusión subordinada más o menos socio-etnificadas?

En conclusión. La viabilidad de una Russafa multicultural en los términos aquí definidos excede el marco local y las diferencias culturales en presencia. Así, el acelerado cambio en nuestros barrios plantea la necesidad de una política de integración más general, en los planos estatal, autonómico y de ciudad, y al mismo tiempo planes e intervenciones concretas, participativas y descentralizadas, dado que el proceso de inserción de los inmigrantes se materializa en los contextos sociales que forman los barrios multiculturales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, I., 2002, "La construcción del inintegrable cultural", en De Lucas, J. y Torres, F. (eds.), *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos?*, Editorial Talasa, Madrid, pp 168-194.
- Aramburu, M., 2002, *Los otros y nosotros: imágenes del inmigrante en Ciutat Vella de Barcelona*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid.
- Barou, J., 1999, "Trajectoires résidentielles, du bidonville au logement social", en Dewitte, P. (ed.), *Immigration et intégration. L'état des savoirs*, La Découverte, Paris, pp. 185-196.
- Castaño, A., 2000, *Informe 2000 sobre la Inmigración en Almería*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- Cucó, J., 2004, *Antropología urbana*, Ariel, Barcelona.
- De la Haba, J. y Santamaría, E., 2004, "De la distancia y la hospitalidad: consideraciones sobre la razón espacial", *Athenea Digital*, 5. <http://antalya.uab.es/athenea/num5/delahaba.pdf>
- De Lucas, J., 2003, *Globalització i identitats. Claus polítiques i jurídiques*, Centre d'Estudis de Temes Contemporanis, Barcelona.
- De Marinis, P., 2005, "16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)", Papeles del CEIC 15, Universidad del País Vasco. <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/15.pdf>
- Delgado, M., 2003, "Anonimato y ciudadanía. Derecho a la indiferencia en contextos urbanos", en Delgado, M. (ed.), *Inmigración y cultura*, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, Barcelona, pp 9-21.



- Fernández, F. y Checa, J. C., 2003, "Vivienda y segregación de los inmigrantes en Andalucía", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 146. [http://www.ub.geocrit/sn-146\(061\).htm](http://www.ub.geocrit/sn-146(061).htm)
- Germain, A. (coord.), Archambault, J., Blanc, B., Charbonneau, J., Dansereau, F. et Damaris, R., 1995, *Cohabitation interethnique et vie de quartier*, Collection Études et Recherches, Ministère des Affaires internationales, de l'Immigration et des Communautés culturelles du Québec, Montréal.
- Giménez, C., 2005, "Convivencia: conceptualización y sugerencias para la praxis", en *Puntos de Vista 1*, pp. 7-31.
- Lacomba, J., 2001, *El Islam inmigrado. Transformaciones y adaptaciones de las prácticas culturales y religiosas*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid.
- Martín, E., 2002, "El Ejido dos años después. Realidad, silencios y enseñanzas", en De Lucas, J. y Torres, F. (eds.), *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos?*, Editorial Talasa, Madrid, pp. 74-96.
- Monnet, N., 2002, *La formación del espacio público. Una mirada etnológica sobre el Casc Antic de Barcelona*, Los libros de la catarata, Madrid.
- Moreras, J., 1999, *Musulmanes en Barcelona. Espacios y dinámicas comunitarias*, Fundació CIDOB, Barcelona.
- Moreras, J., 2002, "Lógicas divergentes, configuración comunitaria e integración social de los colectivos musulmanes en Catalunya" en De Lucas, J. y Torres, F. (eds.), *Inmigrantes: ¿cómo los tenemos?*, Editorial Talasa, Madrid, pp 196-217.
- Sartori, G., 2000, *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, Madrid.
- Simon, P., 1997, "Les usages sociaux de la rue dans un quartier cosmopolite", *Espaces et sociétés*, 90-91, pp. 43-68.
- Simon, P., 1998, "Le modèle de la mosaïque: la cohabitation interethnique et interclasse à Belleville, Paris", en *Séminaire thématique: logement et vie de quartier, Métropolis an II*, Immigration et métropolis, Montréal, pp. 313-339.
- Strohmayer, H., Carrasquilla, C., Castellanos, M.L., Garcia, I. y Pedreño, A., 2004, *Las territorializaciones de los inmigrantes: de la segregación espacial y el trazado de fronteras al derecho a la producción social del espacio*, Girona, IV Congreso sobre la Inmigración en España.
- Torres, F., 2005, *Àmbit urbà, sociabilitat i inserció social dels immigrants. El cas de Russafa (València)*, Tesis doctoral, Universitat de València.
- Torres, F., 2006, "La inserción urbana de los inmigrantes y su participación en la ciudad", en Simó, C y Torres, F. (eds), *La participación de los inmigrantes en el ámbito local*, Editorial Tirant lo blanch, Valencia.



Toubon, J.C. y Messamah, K., 1990, *Centralité immigrée. Le quartier de la Goutte d'Or*, L'Harmattan-CIEMI, Paris.

Weber, M. (1993), *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.

Protocolo para citar este texto: Torres, F., 2006, “Las dinámicas de la convivencia en un barrio multicultural. El caso de Russafa (Valencia)”, en Papeles del CEIC, vol. 2006/2, papel nº 23, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/23.pdf>

Fecha de recepción del texto: mayo de 2006

Fecha de evaluación del texto: julio de 2006

Fecha de publicación del texto: septiembre de 2006